

fe y certeza

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Decir que vivimos en un mundo en crisis es hoy un lugar común. Los valores religiosos no han escapado a tal crisis. Desde fuera la fe es atacada en todos los frentes¹, o postergada como algo carente de relevancia. Desde dentro, las divisiones en el seno de las Iglesias, el conocimiento cada vez mayor de otras religiones, el avance de la exégesis y la teología, sacuden violentamente las convicciones de muchos. Parece como si la fe debiera quedar relegada al terreno de lo opinable, de lo relativo e incierto. Frente a la certeza que nos proporcionan las ciencias o los sentidos, la fe consiste, para más de uno, en un estado de duda y angustia continuas. ¿Es ello así? ¿O se puede hablar de auténtica certeza en el universo de lo religioso?

CERTEZA EXPERIMENTAL

El problema de la certeza religiosa viene de considerar que la certeza nace de la evidencia que nos proporciona el conocimiento racional. Como prototipo de certeza se coloca, aunque sea a nivel inconsciente, la certeza que nos proporcionan las ciencias experimentales². Si consiguiéramos demostrar que evidencia y razón no son los únicos pilares de la certeza, tal vez podríamos alumbrar la posibilidad de una certeza en el campo de lo religioso.

Comencemos por la evidencia y su relación con las ciencias experimentales y la matemática. A esta última la englobamos con las primeras, por ser referible en último término a la experiencia a través de las matemáticas aplicadas. Evidencia significa conocimiento claro de algo. ¿Nos proporcionan las ciencias

(1) Cfr. M. F. SCIACCA, *Con Dio e contro Dio*, Milano 1972; *El ateísmo contemporáneo*, Madrid 1971; F. COPLESTON, *Filosofía contemporánea*, Barcelona 1959, 13-141; 269-307; F. SEBASTIÁN AGUILAR, *Antropología y teología de la fe cristiana*, Salamanca 1975, 13-30; H. KÜNG, *¿Existe Dios?*, Madrid 1979.

(2) Cfr. J. TRÜTSCH, *Explicación teológica de la fe*, en *Mysterium Salutis I*, Madrid 1981, 917-920.

experimentales tal evidencia? A primera vista podría parecer que sí. Los métodos científicos nos dan una visión clara de la realidad. Lo que nos dicen de las cosas es indubitable, y nosotros lo aceptamos como tal.

Sin embargo, eso no es del todo cierto. Las ciencias experimentales han llevado a la humanidad a más de una conclusión falsa. Unas teorías han sustituido a otras, y aún lo siguen haciendo. Luego en las ciencias también tiene cabida el error: señal de que no son del todo evidentes. Además, las ciencias nunca nos proporcionan la evidencia de que algo es y tiene que ser así. Para conseguirlo tendrían que llegar a dar razón de sus últimos porqués, y eso aún no lo han logrado. Las ciencias no nos hablan de esencias y últimas razones, sino más bien de comportamientos³. Por eso no podemos conseguir por medio de ellas una evidencia plena de nada. En toda explicación científica quedan siempre una serie de oscuridades que la ciencia no parece que pueda aclarar. Por consiguiente, con respecto a las ciencias experimentales no se puede hablar de evidencia absoluta. Todo lo más se podría admitir una especie de evidencia relativa con respecto al comportamiento de los seres que caen dentro de su campo.

Las mismas ciencias son conscientes de sus límites cuando acuden a las probabilidades para expresar la seguridad de que un fenómeno se repita de la misma manera. La probabilidad podrá ser muy grande, pero nunca absoluta, luego tampoco la evidencia es absoluta. Incluso una evidencia relativa total sólo podríamos tenerla si hubiésemos realizado todos los experimentos posibles, algo que nunca podremos conseguir. Luego la evidencia no puede predicarse simplemente de las ciencias experimentales. Lo cual no obsta para que se dé certeza en ellas. A pesar de todas las limitaciones, el científico, y el hombre de la calle, están ciertos de muchas de las verdades adquiridas por la ciencia. Certeza y evidencia no son, pues, convertibles.

En cuanto a que el conocimiento racional sea el único camino hacia la certeza, tampoco resulta tan claro. En el caso de la ley de la evolución de las especies, más de un rechazo nace de actitudes emocionales, o de visiones de conjunto que no brotan de argumentos estrictamente intelectuales. Lo mismo ha ocurrido con todos los grandes descubrimientos que han hecho tambalearse el universo de representaciones vigente hasta el momento. A la hora de aceptar o rechazar una verdad, se ponen en movimiento, junto a los argumentos racionales, una serie de elementos emotivos, afectivos, sociales..., que son decisivos también cuando se trata de crear o derribar antiguas y nuevas certezas. Por consiguiente, aunque en la certeza experimental tengan un papel muy importante los elementos intelectuales, no son ellos los únicos.

(3) Cfr. A. ASTIER, *Doute et certitudes*, en *Le doute et la foi*, París 1967, 27.

Como acabamos de ver, del análisis de la certeza experimental comienza a surgir una visión algo diferente de la que teníamos al comenzar a pensar sobre nuestro problema. Pasemos a considerar otros tipos de certeza, para ver si esa visión se aclara con nuevos elementos de juicio.

CERTEZA INTERPERSONAL

Por certeza interpersonal entendemos aquella que brota y sobre la que se apoyan las relaciones interpersonales, tales como el amor, la confianza, etc. Que existen certezas de este tipo es claro. Podemos tener certeza absoluta del amor o de la honradez de una persona, de tal forma que nos sea imposible dudar de ello.

Si procedemos ahora al análisis de tales certezas, veremos que se alejan más de la evidencia que las anteriores. En primer lugar, porque las realidades mismas no nos son asequibles. No podemos ver el amor de alguien, sólo los signos externos. Esos signos pueden ser falseados a voluntad por el sujeto que los produce, cosa que resultaba imposible en el caso anterior. En segundo lugar, la misma realidad significada puede ser falsa para el sujeto que la vivencia: Freud y la moderna psicología se han encargado de hacernos ver cuán equivocados podemos estar con respecto a nuestros mismos sentimientos⁴. Por consiguiente, estamos más lejos de la evidencia que en las ciencias experimentales.

En cuanto a la esencia de nuestros sentimientos o de los ajenos, tampoco en este caso podemos decir en qué consisten. Únicamente nos es posible constatar comportamientos. Comportamientos, por otra parte, mucho más variables y complejos que los de la materia. De manera que aquí, ni conocemos las esencias, ni comprendemos perfectamente el por qué de esos mismos comportamientos. ¿Quién puede decir lo que es el amor, o por qué se enamora uno de tal persona y no de tal otra? La evidencia falta con respecto a la naturaleza de las cosas, y con respecto a la comprensión inmediata de los mismos fenómenos, comprensión que aún podíamos conseguir en el caso de las ciencias físico-matemáticas.

Si la evidencia falta en este campo, el elemento intelectual aparece también mucho más relativizado que en la certeza experimental. Los componentes afectivos, intuitivos, emocionales, voluntarios, pueden llegar a desempeñar un papel

(4) Cfr. D. LAGACHE, *El psicoanálisis*, Buenos Aires 1973; O. MANNONI, *Freud. El descubrimiento del inconsciente*, Buenos Aires 1975; S. FREUD, *La interpretación de los sueños; El yo y el ello*, en *Obras Completas*, Madrid 1973, I, 343-752; III, 2701-2728; C. G. JUNG, *El yo y el Inconsciente*, Barcelona 1950; J. JACOBI, *La psicología de C. G. Jung*, Madrid 1963; E. NEUMANN, *Psicología profunda y nueva ética*, Buenos Aires 1960. La bibliografía sobre el psicoanálisis es abundantísima. Hemos seleccionado sólo algunos títulos significativos.

preponderante. Aunque la razón tiene también aquí su lugar, puede estar muy mediatizada su actuación por los demás estratos del siquismo humano. ¡Cuántas veces se ha dicho que el «corazón» tiene sus razones, inasequibles para el entendimiento! No cabe duda de que a la hora de enjuiciar a una persona tienen importancia decisiva las intuiciones, los sentimientos, las simpatías y antipatías, que no siempre actúan bajo el control de la razón. La primera impresión, preracional, de una persona, puede ser fundamental al intentar establecer una relación con ella. La certeza interpersonal puede asentarse en más de un caso en razones puramente afectivas o emocionales. El elemento intelectual ha dejado de ser siempre el decisivo. Lo cual no obsta para que se den certezas en las relaciones entre personas.

Y no se diga que esas certezas son de segundo orden. Tienen tal importancia para el ser humano, que pueden configurar y dar sentido a toda una vida. Las relaciones interpersonales, y todo lo que las posibilita, constituyen al hombre como persona, en el centro mismo de su ser. En un mundo lleno de incertidumbres a este nivel, el hombre dejaría de ver sentido a su vida, y existiría como un ser cargado de dolor y soledad, si tenía fuerzas para seguir adelante⁵.

Por tanto, constatamos que, al dar un paso más, la certeza sigue existiendo, pero más alejada aún de la evidencia y de un apoyo exclusivo en los elementos intelectuales. Veamos si nos es posible avanzar más aún en la comprensión del tema que nos ocupa.

CERTEZA IDEOLOGICA

En el mundo de las certezas humanas, aún existe otro nivel al que vamos a denominar ideológico. Certeza ideológica es aquella que se refiere al universo de las ideas. Todos nos orientamos en el cosmos a partir de una serie de ideas e ideales, más o menos expresos. Cada ser humano tiene su concepto de hombre, de justicia, de verdad, su ideal político y social... Las más importantes de tales concepciones pueden tener tal relevancia, que estemos dispuestos incluso a morir por ellas.

Y, sin embargo, podría decirse que aquí es donde más lejos nos movemos de la evidencia. Nadie sabe lo que es en realidad la justicia, el bien o el cosmos. Lo que a mí me parece más elevado, puede ser considerado como nocivo o falso por otro. La humanidad ha visto nacer y desvanecerse las más dispares ideologías. Unos grupos, unas edades, unos individuos, se enfrentan con otros. En este terreno, ni nos es asequible la esencia, ni estamos de acuerdo con los comportamientos. Todo es discutible y opinable.

(5) J. TRÜTSCH, o. c. 919, defiende una cierta superioridad de la certeza interpersonal sobre la experimental o matemática.

Podría parecer que la inteligencia tendría que prevalecer en este caso. Las ideas se asientan en la razón. Pero no es así. El entorno social, los intereses particulares y de grupo, la educación, las propias vivencias, forman una maraña inextricable de la que surge el propio credo. Los elementos emotivos, afectivos, intuitivos, voluntarios, las propias opciones, se aúnan con lo intelectual para dar como resultado las infinitas ideologías que imperan. También aquí los elementos no intelectuales pueden llegar a cegar la razón, a hacernos pensar de una manera que esté en flagrante contradicción con más de un dato objetivo y racional.

Y, sin embargo, se dan certezas a este nivel. Son las certezas más propiamente humanas, porque nos son exclusivas frente al resto de los seres existentes. Y porque son las responsables últimas de nuestras acciones más elevadas. Ellas rigen nuestro contacto con el mundo de lo físico y de lo personal. Nos orientan frente a cualquier realidad, y determinan nuestras posturas últimas.

Vemos, pues, que, conforme subimos y nos adentramos en la comprensión del ser humano, las certezas por las que se rige y vive se alejan más de ser algo puramente racional brotado de la evidencia. ¿En qué se apoya, pues, la certeza?

FUNDAMENTOS DE LA CERTEZA

La certeza no es más que una representación de la realidad que el hombre convierte en su verdad. La verdad deja de ser algo objetivo, que está ahí, para hacerse algo propio, algo que entra a formar parte de la vida personal.

La consecución de este tipo de verdades es algo fundamental para el ser humano. Al vivir en un mundo tan complejo, el hombre necesita orientarse. Pero esa orientación no es algo anodino, que se quede fuera de él. Es algo vivido como una necesidad perentoria desde dentro. La seguridad que al animal proporcionan sus instintos, tiene que suplirla el ser humano por una seguridad que le venga de su aprehensión de la realidad. De ahí que tienda a conocer el mundo que le rodea y a sí mismo, y que ese conocimiento lo convierta en verdades orientadoras que le sirvan de patrones de conducta. Cuando esas verdades adquieren un carácter suficientemente firme y estable, se convierten en certezas.

Pero esas verdades no son un producto de la inteligencia exclusivamente. El hombre tiene otras formas de conocer que se integran orgánicamente a la hora de enfrentarse con la realidad. En algunas ocasiones será la inteligencia la que prevalece, pero en otras serán las intuiciones del «corazón», las razones afectivas, las más adecuadas para captarla. Cuanto más compleja sea la realidad hacia la que se vuelve, más complejo será el proceso del conocimiento y asimi-

lación de esa realidad⁶. De tal manera que las verdades «supremas» serán captadas por todos los estratos del ser, y no meramente por uno de ellos. La certeza brotará pues, de una especie de intuición profunda de todo el ser. Y cabría decir que cuanto más compleja y humana sea una certeza, más niveles humanos abarcará en su consecución.

El error está, por consiguiente, en intentar reducir todas las certezas a lo puramente racional. Porque en tal caso deberíamos prescindir en absoluto del concepto de certeza. En efecto, ya hemos hecho ver que la evidencia racional absoluta, único fundamento posible si la certeza fuera algo nacido de la razón, no se da en ninguna clase de conocimiento. Por otra parte, también hemos visto cómo, incluso en la certeza experimental, intervienen factores no puramente racionales o intelectuales. Por consiguiente, si queremos resolver el problema de la certeza religiosa, hemos de comenzar por desmontar nuestro credo racionalista, y aceptar la complejidad del fundamento psicológico de la certeza humana.

No se puede suponer, para la comprensión de lo que venimos diciendo, que esa intuición globalizante de la que brota la certeza, al menos las certezas más complejas, nos proporciona un conocimiento evidente de la realidad, que sustituye la falta de evidencia racional. Evidencia no poseemos nunca a ningún nivel. Esa evidencia es sustituida por la fe en nosotros mismos. En efecto, los sucesivos éxitos en su manejo de la realidad van engendrando en el hombre una profunda fe en sí mismo. Aunque no pueda saber nunca quién es él, o qué es el mundo, el hombre está seguro de que sus percepciones orientativas y parciales deben responderse con la realidad de alguna manera. Algo de lo que él percibe tiene que ser verdad, incluso para otros seres posibles, estructurados de manera diferente. Este acto de fe sería el último fundamento de la certeza. Acto de fe, porque le falta precisamente una evidencia plena: nunca «vemos» la correspondencia de nuestras representaciones con el mundo. Lo único que percibimos son los resultados. Y esos mismos resultados nos han llevado más de una vez a errores y conclusiones falsas. En el fondo de toda certeza nos encontramos, pues, con la fe, aunque sólo sea una fe humana no trascendente. Ahora estamos en disposición de tratar el tema de la certeza religiosa.

CERTEZA RELIGIOSA

Cuando nos adentramos en el campo propio de la certeza religiosa, nos encontramos con un mundo terriblemente oscuro y complejo. Todas las dificultades de los otros niveles aparecen aquí, junto con otras peculiares. La fe en Dios abarca nuestras relaciones con el cosmos, con las otras personas, con

(6) G. MUSCHALEK, en *Libertad y certeza en la fe*, Barcelona 1971, 80-83, subraya la unidad entre conocimiento y voluntad con respecto a la certeza.

todo lo existente. Si desconocemos qué es la materia o el por qué de sus leyes, mucho más difícil nos será comprender al que es origen de ambas. Si tiene sus dificultades saber lo que piensa y siente una persona, mucho mayores serán cuando esa persona sea infinita, eterna, creadora, y cuando el mismo concepto de persona sólo se le adecue analógicamente. Si nos resultaba fácil perdernos en el mundo de las ideologías, mucho más lo será cuando en ese concepto totalizante que abarca todas nuestras orientaciones conscientes se barajen conceptos que exceden a todo lo podemos comprender. Los conceptos de absoluto, eterno, omnipotente, creación, exceden por completo la capacidad de nuestras facultades cognitivas.

Por otra parte, el conocimiento de Dios es siempre mediato. Jamás experimentamos a Dios como tal, sino a través de mediaciones, como son la palabra, la imagen, el concepto, las sensaciones, por muy espirituales que sean éstas. De ahí que cualquier experiencia de Dios pueda ser interpretada como una construcción humana sin relación alguna con lo sobrenatural. Ahí tenemos, por no citar más que algunos ejemplos, las interpretaciones de la religión dadas por Feuerbach, Marx o Freud.

La enorme diversidad de religiones, credos, sectas y conventículos religiosos añade un punto más de oscuridad. ¿No será el universo de lo divino pura creación de los miedos, esperanzas e ilusiones humanas? Hacia ahí parece apuntar tal diversidad, que, aparentemente, señala como punto de arranque de cada religión la pluralidad de culturas, ambiciones y angustias que existen y han existido. Lo mismo se diga de las divisiones en el seno de una misma Iglesia.

Las pruebas de la existencia de Dios también nos dejan insatisfechos. En un mundo acostumbrado a las demostraciones de la ciencia experimental, tales pruebas parecen flotar en el aire. Pocos son los conversos que deban su fe a ellas. No podemos comprender una demostración que al final de sus pasos desemboca en la opción libre que es la fe.

Para terminar de trazar este cuadro sombrío, ahí están los millones de ateos teóricos y prácticos, los que se dicen creyentes y no viven su fe, dando la puntilla al que se acerca con buena voluntad a interesarse por las cosas de Dios. Ante el fenómeno masivo del ateísmo y del indiferentismo religioso, todos los pilares de la fe parecen tambalearse. La religión se convierte a nuestros ojos en un residuo moribundo de tiempos pasados, nacido de nuestros miedos y deseos insatisfechos, y perpetuado por la indoctrinación familiar y las constricciones sociales. Algo que en estos tiempos de luz y libertad no podrá subsistir.

Y, sin embargo, se da la certeza religiosa. Baste para confirmarlo la estela de mártires y creyentes de todos los siglos. En todas las latitudes existe también hoy una masa ingente de fieles, comprometidos con su fe, capaces de sacrificar por ella los valores más preciados de la vida. No podemos negar que junto al indiferente se da hoy también, siempre se ha dado, la persona que no puede dudar de su fe en Dios. ¿Cómo explicar esto?

La explicación la hemos ido viendo a lo largo de las páginas anteriores. En primer lugar, la falta de evidencia no impide la existencia de certezas. Si esto era válido en los casos ya analizados, también lo es ahora. Certeza no es igual a evidencia.

Pero con ello sólo hemos dado un paso negativo. Al intentar dar una explicación positiva nos encontramos con que la fe no brota de razones lógicas exclusivamente, sino de una intuición y un deseo que nacen de la totalidad del hombre. La fe es una experiencia integral del ser humano que busca una totalidad de sentido. Es toda su realidad existencial y personal, que quiere saber de dónde viene y a dónde va.

Todos los niveles que integran al hombre buscan una respuesta a sus aspiraciones más profundas. La inteligencia aspira a encontrarse cara a cara con una Verdad que pueda darle la explicación de todo lo que existe. El corazón anhela hallar un amor sin fronteras. El sentido estético sueña con encontrarse con una Belleza total e inextinguible. La vida desea alcanzar una Vida sin los límites del dolor y de la muerte. El sentido moral va en busca del Bien, la Bondad, la Justicia. La voluntad quiere adherirse a algo inmutable y eterno...

La fe en sí mismo de que hablamos en el párrafo anterior aparece aquí en su grado más sublime. Todos esos deseos y aspiraciones humanas no pueden quedar sin respuesta. Y entonces surge un diálogo entre el hombre y las huellas de Dios. Cada obra de Dios habla al hombre positivamente de su Hacedor, de su origen y su perfección plena. El orden del mundo habla de un orden total. El amor pequeño y limitado, del Amor sin fronteras. La justicia y la bondad, de la Bondad infinita. La vida habla de la Vida en la que todo tiene su origen...

Esta experiencia tan profunda de un encuentro consigo mismo y con algo que nos supera y nos llama desde fuera y desde dentro no puede ser disecada y servida en la bandeja aséptica de la pura razón. Las pruebas de la existencia de Dios sólo son tales en su contexto vital y existencial. Por eso cuando se las quiere hacer equivalentes a puros silogismos lógicos no llegan a convencernos. Porque aquí se trata de algo más que la razón y la lógica. Nos hallamos ante una experiencia en la que está comprometida toda la persona, a todos los niveles. Por eso la fe resulta imposible o ridícula cuando se la quiere reducir a lo racional

o a lo sentimental. La fe es racional, sensible, y mucho más: es la experiencia más globalizante que se puede concebir. Quitarle esta característica es amputarla, matarla. La certeza de la fe nace de esta riqueza experiencial. Desde esta perspectiva resulta perfectamente posible como una respuesta del hombre a la llamada de Dios, que habla a toda la persona.

Es una certeza, por otra parte, que no nos quita las contradicciones y oscuridades que militan contra ella. Al que cree pueden plantearle cuestiones muy serias todos los capítulos de oscuridad a que antes hemos aludido. Pero si oye a la totalidad de su ser, a Dios que habla a su través, no podrá dudar de su fe. Porque hay una intuición muy profunda que le dice que está en la verdad, aunque esa verdad pueda estar mezclada con oscuridades. Lo fundamental de su fe tiene que ser cierto.

Al dejarla resonar con todas sus fuerzas, incluso percibe claridad en lo que antes era pura tiniebla. El ateísmo será unas veces búsqueda del mismo Dios bajo nombres distintos, o traición a los valores humanos más grandiosos. La diversidad de religiones, un reflejo de la infinitud divina, que se manifiesta en la infinidad de las culturas y modos de ser humanos. O un acercarse paulatino hacia el que es Uno a través de las visiones humanas parciales. Las distintas comunicaciones mediatas de Dios, la necesaria verbalización de lo que es incomunicable. Los influjos familiares y sociales, el ansia del hombre por transmitir a sus sucesores lo que tiene de más preciado y bello...

En lo que creemos que hay que insistir es en la totalidad de la experiencia de fe. El único que puede creer es el hombre entero, porque Dios se dirige y llama al hombre entero. Intentar reducir la fe a una sola dimensión, sea ésta racional⁷ o afectiva, es destruir la fe. Y con ella la posibilidad de una certeza religiosa. En esta concepción de la fe es donde se inserta la libertad, la opcionalidad de la fe. Por su carácter globalizante, no puede faltarle a la fe una característica fundamental del ser humano: es un ser libre. Pero su opción será perdida y estará sustentada en todos los estratos de su ser. La fe viva nunca será una opción fría de la voluntad, sino una opción de toda la persona.

Precisamente ahí radica la grandeza de este tipo de certeza. No es inferior a la matemática o a la interpersonal, sino todo lo contrario. Es la certeza más humana, porque abarca al hombre en toda su plenitud. Por eso puede ser la más cercada de oscuridades. Si la certeza experimental tenía que vérselas con el límite que le suponía no conocer las esencias, la fe se encuentra con todas las

(7) La fe ha ido sufriendo un proceso de intelectualización a lo largo de la historia, cfr. J. TRÜTSCH, *Síntesis de una historia de los dogmas y de la teología de la fe*, en *Mysterium Salutis* I, Madrid 1981, 886-897.

limitaciones humanas, puesto que abarca todos los estratos del ser. Por eso la fe es esencialmente oscura, sin que esa oscuridad imposibilite la certeza, como las oscuridades de las otras certezas no imposibilitaban su existencia. Sólo que aquí el salto hacia la verdad es tan grande como grande es la meta hacia la que se dirige. También las otras certezas suponían un salto, aunque más pequeño. Aquí el salto es de tal calibre que la teología afirma que no se puede dar sin la gracia, sin la llamada y el sustento de Dios. Pero ello no es más que la señal de que hemos llegado al límite de las posibilidades humanas, en las que no basta la fe en sí mismo, porque hay que dar el salto hacia el Otro. También las otras certezas suponen una llamada desde fuera, de una realidad que no somos nosotros mismos, y una llamada desde dentro, que nos invita a entrar en contacto con esa realidad. El mundo de la fe no es tan ajeno como podría pensarse al mundo de nuestras vivencias intramundanas.

Manuel Cuesta Leyva S. J.